

Un hábitat en peligro de extinción constante

SANDRA ARAYA

La escritora y editora Sandra Araya, presidenta de la Asociación de Editores Independientes, ofrece un panorama de la situación editorial ecuatoriana actual a partir de distintos ejes: editoriales, políticas culturales, el papel del Gobierno. Pero sobre todo, el más importante: el perfil y las necesidades del lector.

«Que las malas lecturas son frecuente causa de la perdición de las almas es cosa que se ha repetido, sobre todo entre gente poco aficionada a leer».

Julio Caro Baroja

“
El lector ya no puede definirse sencillamente como una entequeia, ese ser ubicuo que está del otro lado de las páginas y que aparece como una especie de alma en pena en las encuestas.
”

Voy a hacer algo de trampa para empezar este texto sobre algo llamado «panorama editorial». No voy a empezar con grandes jaculatorias ni aforismos o con anécdotas entre patéticas y tiernas. Tampoco con contundentes cifras (vendrán después, lo prometo), sino rastreando el elemento más importante dentro del mundo libro: el lector. Y no estaría descubriendo, por cierto, el agua tibia, sino que, al parecer, a quienes trabajamos con las narices metidas en publicaciones de todo tipo recién nos ha llegado la revelación de que los lectores son los integrantes más importantes de esta especie de cadena trófica, y eso que muchos escritores ya lo habían anunciado, interpelándolos(nos), acicateándolos(nos). Sin lectores no hay libros ni mercado editorial, ni siquiera escritores, aunque algunos quieran creer lo contrario, una existencia autónoma y genial. Si no los lee nadie, no funciona. Pero sin desviarnos, diremos que el lector es quien mueve la maquinaria del mundo del libro.

Pero ¿qué es un lector? Mejor dicho, ¿quién es? ¿Es uno, solamente? El lector ya no puede definirse sencillamente como una entequeia, ese ser ubicuo que está del otro lado de las páginas y que aparece como una especie de alma en pena en las encuestas. Los lectores y lectoras —ya hablando en plural y con el respectivo añadido de género— son, somos, personas con necesidades diversas, con deseos distintos, con intereses que difieren y se

encuentran de forma que casi parece azarosa. Sobre todo, con intereses que se expanden a medida que se rozan con otros temas, con otros pensamientos. Algo así como un Big-Bang de letras. De ahí puede surgir cualquier cosa. Menos estadísticas, por cierto.

Por ejemplo, el lector, en Ecuador, prácticamente no existe, según algunos datos, recopilados, los últimos, en el año 2012. Así de desactualizados estamos con respecto al miembro más importante del «ecosistema» del libro. Mientras tanto, los datos sobre editoriales e impresiones parecen estar en constante crecimiento, en movimiento. Así se muestra en las estadísticas recogidas por la Cámara Ecuatoriana del Libro. Entonces, ¿se imprimen tantos ejemplares de libros de diversos géneros y nadie los lee? Tenemos datos de publicaciones, no de lectores. ¿De qué se ha sostenido entonces el mundo del libro durante tantos años?

Los números nos muestran que en el período 2017-2018 hubo poca variación de un año a otro en volumen de ejemplares publicados. Unos números más, otros menos, el volumen de publicaciones se mantiene más o menos estable, y eso que, se supone, hay crisis. ¿Dónde están entonces esos lectores que las estadísticas esconden? Porque los poco más de 5 000 títulos publicados en 2018, según los datos del ISBN que maneja la Cámara Ecuatoriana del Libro, seguramente no fueron comprados por fantasmas. Esperemos, entonces, que esos libros no sean parte de la estadística oscura, del número espectral de libros que quedan embodegados hasta que alguien opta por enviarlos a una recicladora de papel.

Hablando sobre temáticas específicas, los libros que más se producen en Ecuador son los infantiles. Entonces, los lectores, ya no entidas abstractas, los verdaderos lectores y potenciales ratones de biblioteca del futuro —o por lo menos lectores decentes que disfrutarán de un libro al tiempo que desarrollan un pensamiento crítico— están criándose aún en las escuelas. Están formándose aún esos pequeños lectores y esa situación, como madre y como lectora ya consumada y voraz, no puede sino producirme

inquietud. ¿Bajo qué parámetros se les «entrena» a los niños en la lectura? Los planes de lectura dependen de la institución, de si esta es privada o pública: en las privadas, cada colegio tiene una biblioteca y planes organizados para que la lectura no sea una obligación tediosa; en algunos colegios públicos, a los niños aún se les obliga a leer y en muchos casos las bibliotecas están desprovistas de novedades, más allá de algunos libros que siguen siendo como piedras de toque en la literatura ecuatoriana. Piedras más bien que hacen las veces de lápidas.

Los niños que no tienen acceso a la lectura, a esos muchísimos libros que se producen al año, deben acudir a las bibliotecas públicas, pero ¿a cuáles, si el Sistema de Bibliotecas (SINAB) fue eliminado en 2014? De ese moribundo sistema nació el Plan Nacional de Lectura, ahora patrocinado por el Ministerio de Cultura y Patrimonio, que recién está empezando a despuntar luego de unos tropiezos enormes en sus inicios. Y quizás esos obstáculos de un primer momento se debieron a que se perdió de vista a quien, insisto, es el integrante más importante en el mundo de libro: el lector.

El Plan Nacional del Libro comenzó imprimiendo libros, en grandes tirajes (8 títulos de 8 000 ejemplares cada uno), para distribución gratuita, aunque una de sus prerrogativas también era fortalecer el sector editorial local. ¿Cómo entonces cumplir con una y otra tarea, si los libros se distribuyen gratuitamente sin que entonces haya posibilidad de competir en su distribución y consumo? En este nuevo ciclo, el Plan Nacional no hará publicaciones propias, sino que llevará a cabo compras con distintas editoriales y librerías, para distribuir los ejemplares en sus tambos de lectura, ubicados en zonas rurales, centros de detención, hospitales y otros lugares que parecerían atípicos para la lectura. Sin embargo, hay que recordar, una vez más, que los lectores no son fantasmas. Son personas. Y estas transitan por





“
Entonces, los
lectores, ya no
entidades abstractas,
los verdaderos
lectores y potenciales
ratones de biblioteca
del futuro —o por
lo menos lectores
decentes que
disfrutarán de un
libro al tiempo
que desarrollan un
pensamiento crítico—
están criándose aún
en las escuelas.”



© freepik.es

muchos sitios, tradicionales o no. Los lectores son seres que pueden adaptarse a cualquier ambiente.

El destino de estos libros, según la propuesta del Plan Nacional, está clarísimo. No así el destino de los libros que se piden ahora, como parte del depósito legal, un porcentaje del 2 % del tiraje, un requerimiento de la Biblioteca Nacional Eugenio Espejo, que es el repositorio oficial de las publicaciones del país desde el año 2017. Hasta abril de este año, los lectores —los importantísimos lectores— no podían consultar aún los libros porque la biblioteca debe mudarse de las instalaciones que la han acogido durante tantos años —el edificio de espejos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana— para mayor comodidad de los usuarios. Además, ese pedido no ha llegado a todo el sector editorial del país: muchos editores independientes —es decir, no suscritos a la Cámara del Libro— no han recibido todavía la carta donde se piden estos ejemplares. Y tampoco se especifica, a quienes la reciben, por qué tantos ejemplares son los solicitados. A quienes lanzan tirajes pequeños, el 2 % no les afectaría mayormente, pero ¿qué pasa con las editoriales con procesos industriales o de distribución masiva? ¿Adónde irían a dar esos libros? ¿A los lectores, realmente? Entonces, estos existen. En papel, pero existen.

La distribución o difusión en este ecosistema extraño del libro siempre ha sido un problema y no ha sido superado. ¿Adónde deben llegar los lectores para hacerse de tal o cual libro? A las librerías, diría algún avisado, de forma rápida, pero el acceso a librerías no siempre es el ideal, ni para los usuarios ni para los editores. Digamos que la distribución de los libros se concentra en su mayoría en la ciudad de Quito, así, encontramos las librerías grandes, de cadenas, y varias nuevas, independientes, levantadas con muchísimo esfuerzo y a pesar de la desconfianza de los lectores algo cómodos que prácticamente querrían que la mercadería les llegara a las narices junto con su bandeja de comida rápida. Pero en las otras ciudades, si es que no existe la librería grande, los lectores mueren de sed porque hay solo uno o dos sitios donde conseguir material de lectura, más que nada huesos, libros de medio uso y textos escolares algo desactualizados. Los proyectos independientes en las otras ciudades del país, incluso Guayaquil, son privados y se sostienen gracias a la tenacidad de sus dueños, una tozudez que raya en la locura.

Podríamos decir que el mundo del libro, ecosistema, como me atreví a llamarlo anteriormente, es algo hostil. Es una especie de jungla donde los lectores andan algo perdidos, no los ya asentados en el vicio de la lectura, sino aquellos que empiezan a tantear el umbral infinito del acto de leer. ¿Qué leen las nuevas generaciones? ¿Cómo leen?

Según los datos de la Cámara del Libro, en 2018 se registró un 22 % de libros electrónicos. Un porcentaje nada despreciable.

Es decir, debe haber usuarios para este tipo de publicaciones o, por lo menos, las editoriales de todo tipo están optando por este formato que sería atractivo para un público joven, más interesado y apto para el uso de dispositivos electrónicos. Para ellos está hecha la convocatoria a la próxima edición de la Feria del Libro de Quito: para quienes quieran conocer a sus *booktubers* favoritos, a quienes reciben, en el infinito mundo de la red, recomendaciones de libros, reseñas, todo tipo de adaptaciones de textos que serían un gancho para quienes quieren leer y no saben muy bien cómo introducirse en un estrato que siempre ha parecido elitista desde afuera. Debo reconocerlo en este punto: no me gusta el formato digital de los libros ni tampoco veo videos de *booktubers* —aunque no descarto

que en algún momento pueda ver alguno que me interese sobre temas específicos—, pero sí leo, por ejemplo, las reseñas publicadas en periódicos extranjeros sobre las novedades editoriales. Es más, gracias a esas lecturas he enviado por varios libros a España o al resto de Latinoamérica. Así, imitar la costumbre de los padres y abuelos no es tan complicado, solo varía un poco la forma: ellos leían reposadamente la versión impresa de los periódicos, locales o extranjeros, un sábado en la mañana, buscando noticias y novedades; hoy, leemos las reseñas en diarios digitales, bajo suscripción o gratis, en algunos casos. La lectura no decrece, solo cambia sus formas. El lector es un animal en constante adaptación. Incluso podría decirse esto de quienes ya han acumulado un fondo de libros en papel de tamaño grande y que quieren empezar a deshacerse del peso físico, pero sin dejar de leer, algo así como una revolución espiritual del libro. Compran dispositivos electrónicos y el peso se vuelve algo casi irreal: gigas, terabytes. Letras que aún están en poder de los lectores.

Siguiendo la pista de este ser ubicuo y extraño, adaptable, esquivo, a veces, que es el lector, habría que preguntarse cuáles son los factores de riesgo para su extinción. Quien no lee no es un lector y no puede pertenecer al mundo del libro, y aunque esto parezca una tautología absurda, una frase retórica y digna de algún cómico, es más cierta de lo que podría pensarse en un principio. Me refiero específicamente a esos seres que quieren colaborar con el ecosistema del libro siendo escritores, mas no lectores. Escritores que no leen. Pero que sí quieren que los lean. O que, incluso, no les importa si los leen o no, porque lo importante es publicar. A una editorial independiente, por ejemplo, llegan muchos manuscritos y, además, en las ferias,

“

Según los datos de la Cámara del Libro, en 2018 se registró un 22 % de libros electrónicos. Un porcentaje nada despreciable.

”

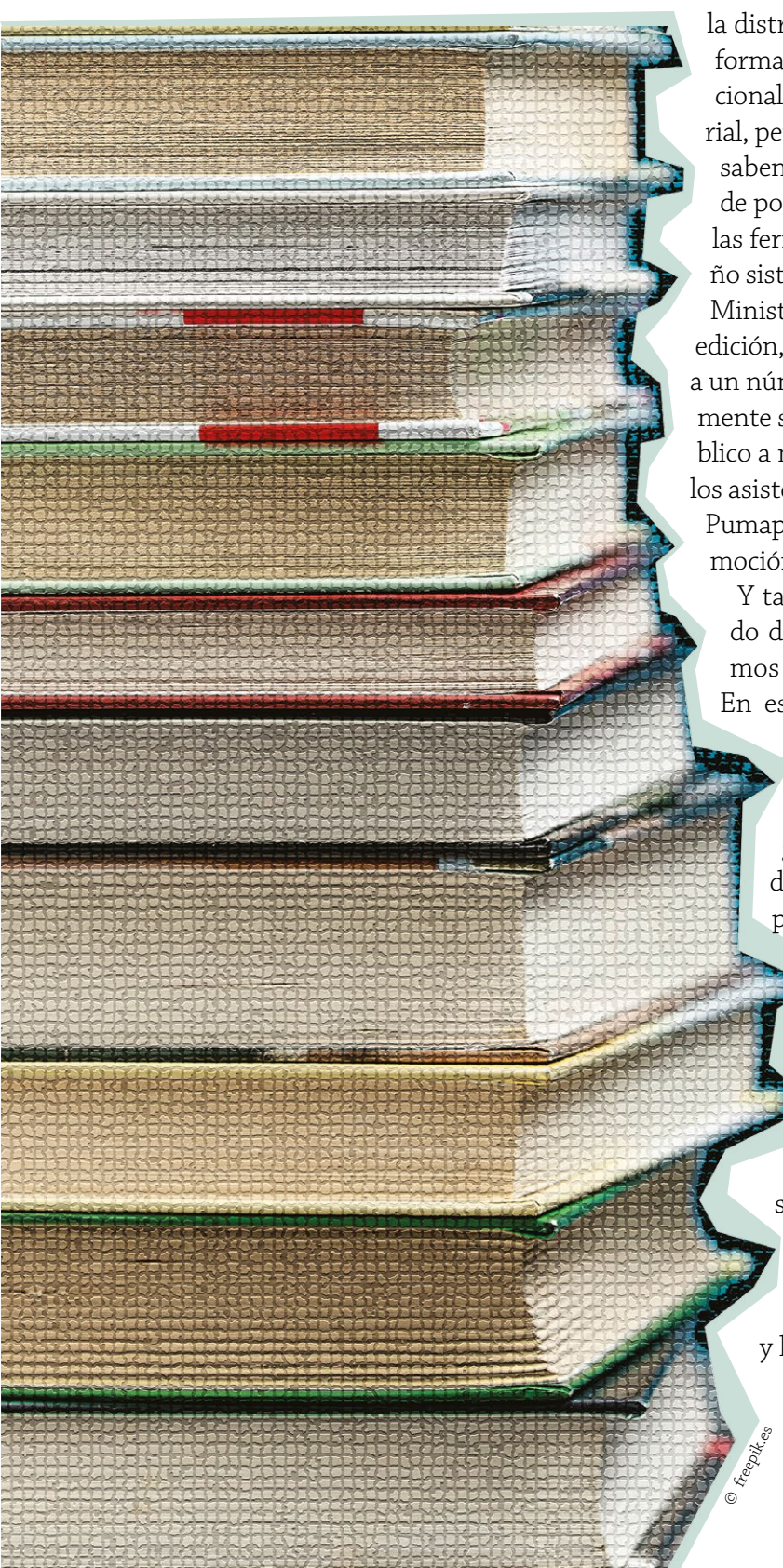


son muchísimas personas las que se acercan, miran de reojo los estantes, no están pendientes de lo que hay ahí, es visible ese desinterés, pero sí preguntan sobre cómo publicar, con quién hablar, y cuánto hay que pagar para ver el propio nombre impreso en papel. Eso de generar escritores irresponsablemente, de imprimir libros que no se leerán, es un factor de riesgo para que el sector editorial se caiga, para que las estadísticas desdigan la realidad.

Otro factor de riesgo para el lector es el problema de la distribución, que ya habíamos abordado de cierta forma en párrafos anteriores. Las librerías son, tradicionalmente, los puntos de venta de la oferta editorial, pero eso puede aplicarse para los lectores que ya saben dónde buscar lo que quieren. ¿Y para el resto de posibles lectores? Un método eficaz podrían ser las ferias, pero no solo las grandes, sino este pequeño sistema de ferias regionales implementado por el Ministerio de Cultura. El año 2018, en su primera edición, las ediciones de Manta y Cuenca convocaron a un número disparado de asistentes, pero eso seguramente se debió a la poca anticipación que tuvo el público a nivel de promoción. Algunos días, en Cuenca, los asistentes sí llegaron, curiosos, ansiosos, al Museo Pumapungo, y quizás habrían llegado más si la promoción se hubiera hecho con la debida anticipación.

Y tal vez el factor de mayor riesgo para el mundo del libro es la gratuidad, sobre todo si tomamos en cuenta que hacer un libro no es gratis. En este proceso, que al parecer poquísimos conocen, intervienen más de una persona, y todos, por su trabajo, cobran una suma.

Hasta hacer un libro para el formato digital requiere de costos. ¿Por qué entonces debe implementarse un sistema de gratuidad para todos los habitantes? Un lector que no aprecia el trabajo que hay detrás de ese libro que tiene en sus manos no será un lector consciente. Quizás ni siquiera llegue a convertirse en lector, porque, por extraño que parezca, lo regalado no se aprecia de la misma forma que lo que ha costado una suma, por mínima que esta sea. Un valor simbólico, por ejemplo, es algo que sí puede manejarse, como en el caso de la Campaña de Lectura Eugenio Espejo, cuyos suscriptores tienen acceso a revistas y libros mensuales por la cifra de 1.50 dólares.



Ese mínimo importe implica que los suscriptores saben que tienen derecho a ese libro, lo apreciarán y con un mínimo de curiosidad, podrán acceder a su contenido.

“

El panorama editorial que debía pintar es este: un hábitat frágil que, sin mediación, sin intenciones, se convierte en una jungla en crecimiento desordenado, en un terreno hostil para los lectores. Y la sobreexplotación, lo sabemos, acaba con cualquier ambiente, con todas las especies.

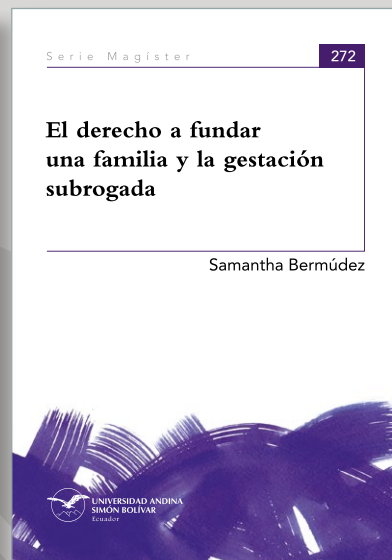
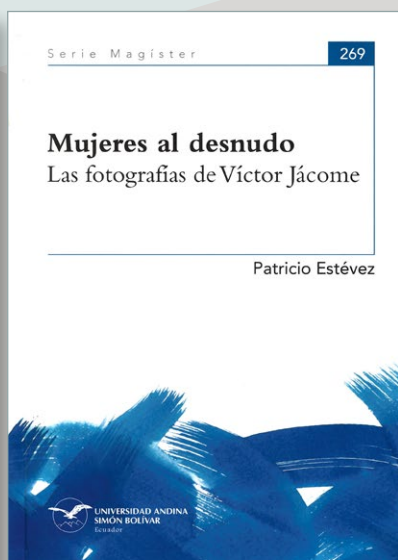
”

El lector es una especie en peligro de extinción y sin este la cadena alimenticia del libro se destruye. Sin una promoción adecuada para llegar a él, en todas sus formas y variantes, los lectores desaparecen; con un desborde de textos, que ni siquiera los familiares de los «escritores» leerán, también se pone en peligro el ecosistema de los lectores, porque, entre tanta novedad y papel impreso, ¿de dónde elegir? Sin la intervención directa de quienes producen los libros, sin una guía, que no conductista sino sugestiva, el lector se pierde en una selva de papel; nuevamente, el sistema se cae.

El panorama editorial que debía pintar es este: un hábitat frágil que, sin mediación, sin intenciones, se convierte en una jungla en crecimiento desordenado, en un terreno hostil para los lectores. Y la sobreexplotación, lo sabemos, acaba con cualquier ambiente, con todas las especies.



Publicaciones



SERIE MAGÍSTER